

SIDI, una novela de moros y cristianos

■ ■ José Roberto Mendirichaga*

El autor de *El maestro de esgrima*, *Un asunto de honor*, *Sabotaje* y *El capitán Alatríste*, entre otros, nos entrega ahora en 369 páginas una apasionante novela de caballerías. Hay que señalar que la leyenda del Cid Campeador o *Sidi*, en árabe, tiene cierto sustento histórico, en cuanto que Rodrigo Díaz de Vivar fue un personaje de carne y hueso, nacido en Vivar hacia 1043 y fallecido en Burgos en 1099, quien creció muy cerca de la corte del rey Fernando I de Castilla.

Éste, al morir, dejó su reino dividido entre sus tres hijos varones: Sancho II (Castilla), Alfonso VI (León) y García (Galicia); y las hijas Urraca (Zamora) y Elvira (Toro y rentas adecuadas), también alcanzaron poder y bienes. Pero si ya de por sí las circunstancias políticas eran difíciles a causa de la invasión árabe, éstas empeoraron con la división entre los hermanos castellanos. Sidi era un soldado nato, con don de mando y muy conocedor de la geografía de la frontera entre moros y cristianos. Innumerables batallas hubo de librar este personaje legendario, pero Arturo Pérez-Reverte toma las más importantes y sigue el histórico camino que recorrió el Batallador, lo cual es suficiente para entender la recia personalidad del militar y la manera humana de motivar a sus huestes.

Agradece el autor de *Sidi* el texto histórico y la asesoría del catedrático filólogo don Alberto Montaner Frutos, de la Universidad de Zaragoza, quien en 1993 publicó en la editorial Cátedra de Barcelona su clásica obra *Cantar de mío Cid*. Habría que considerar igualmente que, junto con la leyenda del Cid Campeador, hay una serie de libros de caballería castellanos como el *Amadís de Gaula*, de Garci Rodríguez (de fuerte inspiración para el *Quijote* de Cervantes); el *Palmerín de Olivia*, atribuido a Francisco Vázquez; el *Platir*, de Francisco de Enciso; el *Baldo*, anónimo; el *Belianís de Grecia*, de Jerónimo Fernández; y muchos más (véase *Libros de caballerías castellanos*,

selección de José Manuel Lucía y Emilio Sales, Castalia Prima 47, Castalia, 2007).

Hay que tomar en cuenta igualmente que para don Antonio Alatorre, quien fuera profesor de El Colegio de México, los dos primeros libros que de este estilo se escribieron en España son: *El caballero Cifar* y el *Amadís de Gaula*; y que el primero que editó el *Poema del Cid* en castellano fue Tomás Antonio Sánchez, en su *Colección de poesías anteriores al siglo XV*, en 1779.¹

Los reyes españoles van a tener que establecer alianzas estratégicas y temporales con los jeques árabes que dominan el Levante, situación que va a aprovechar Sidi para ofrecer el servicio de sus armas. Pero Sidi no es un vulgar *condottiero* preocupado únicamente por el dinero. Tiene sentido de lealtad al monarca que lo cobijó y trata de cumplir con su ejército de la manera más ética, debiendo sortear una serie de cambios impuestos por la situación política prevaleciente. Dos destierros de Castilla ha de sufrir Rodrigo Díaz de Vivar: el primero en 1081, acusado de provocar a los musulmanes y poner en riesgo al monarca; y el segundo, en 1086, cuando se le acusa de no reportar un botín obtenido en la guerra. A ambas acusaciones de los cortesanos da crédito Alfonso VI. Advierte la novela de Pérez-Reverte, igualmente, que Sidi tenía una relación más estrecha con el rey Sancho II, quien en Zamora fue muerto a traición por uno de sus vasallos.

El libro de Pérez-Reverte se divide en cuatro partes: la cabalgada, la ciudad, la batalla y la espada. En la cabalgada, el relato arranca cuando el jinete y su reducida hueste divisan el monasterio jerónimo de San Hernán y avanzan por ese territorio de frontera, mucho de el antiguo camino romano. Van constatando que los agarenos han ido matando familias de la región. Los castellanos se encuentran preparados para la lucha, hasta topar con una aceifa del morabí Amir

* Maestro en Letras Españolas por la UANL y doctor en Historia por la UIA. Profesor emérito de la Universidad de Monterrey.

¹ Los 1,001 años de la lengua española, de Antonio Alatorre, Bancomer, CDMX, 1979, pp. 161 y 294.

Bensur, a quien no fácilmente vencen. De hecho, allí Sidi pierde a tres de sus hombres. Acompañan al Campeador: Martín Antolínez “Minaya”, Yénego Téllez, Galín Barbués, Pedro Bermúdez, Alvar Ansúrez, Alvar Salvadórez, Diego Ordóñez, Muño García, Félez Gromaz, fray Millán y resto de la tropa. Desde esta primera parte, el autor de *Sidi* va dejando ver el carácter y la personalidad del legendario castellano, al igual que la ruda vida del soldado, quien debe acampar a campo traviesa y con hartas incomodidades impuestas por el terreno y la estación.

En la segunda parte, el contingente, que ha crecido a 200 hombres, llega hasta donde se encuentra Berenguer Remont, conde de Barcelona. *Sidi* le ofrece sus servicios a fin de que éste luche contra Moqtadir y sus hijos Mutamar y Munder, quienes dominan Zaragoza, Lérida, Tortosa y Denia, pero el conde desprecia su ofrecimiento. Entonces El Cid hace una alianza con Mutamar. Mutamar recibe a Díaz de Vivar en Zaragoza. Hay varios diálogos muy interesantes a razón del mutuo respeto religioso, a la vez de la disposición de Raxida, hermana de Mutamar y viuda bastante libre, para dialogar a solas con el Sidi. Éste recuerda a su esposa Jimena y a sus hijas y declina las atenciones. La segunda parte de la novela llamada “la ciudad” concluye cuando en la quinta de Raxida ésta brinda un banquete a Sidi, el que incluye un tentador masaje corporal.

La batalla es la tercera parte. Yaqub al-Jatib es uno de los mejores hombres de Mutamán. Las huestes de Sidi y Mutamán, en alianza, se enfrentan a las tropas de Munder y el Conde Barcelona. Va a ser una batalla espectacular, pero antes Ruy Díaz pide a fray Millán rece “[...] unos latines discretos mientras quede luz [...] para que nuestra gente se arregle con Dios”. Se van acercando a Monzón. Se contempla como riesgo que el rey Munder se una a los navarro-aragoneses, que los doblarían o triplicarían en número. Por suerte, “el rey de Aragón se movió, pero en la dirección opuesta”. Sidi y su gente observan desde lo alto el sitio enemigo. Hay intento de parlamentar, pero fracasa el diálogo. Es ya casi el amanecer de un nuevo día. “Babieca, abrevado y almohazado, estaba listo para la batalla”. El encuentro es terrible. Después de tres cargas, hay cientos de muertos por ambos bandos.

La cuarta y última parte de la novela inicia cuando Sidi, desembarazado de cota y cofia, hunde

su rostro en el arroyo y limpia su propia sangre y la ajena. “Babieca, libre de la rienda, mordisqueaba la hierba de la orilla”. Minaya y el Cid se reencuentran. Se habla de victoria, aunque con caro precio en número de vidas de ambos bandos. Tienen al Conde Barcelona como rehén. Hay un diálogo entre Mutamán y Sidi que merece destacarse. Está en el capítulo III de esta parte final. Mutamán dice al Cid que admira su don de mando y cómo renuncia a los privilegios que le corresponden. “Jamás dejas a uno de los tuyos desamparado, si puedes evitarlo...”. Sidi tarda en responder, pero al fin apostrofa: “Quien no tiene consideración por las necesidades de sus hombres, no debe mandar jamás”.

Cuatro días después de la batalla, quienes triunfaron celebran con un convite en Almenar. El prisionero Berenguer Remont se rehusa a probar bocado. Sidi le retiene su espada y pide dos cosas al soberbio rehén: que firme el documento de rendición y que coma. Por fin así lo hace y es llevado al límite de los dominios, ya por Balaguer. Sidi ya no discute con el altanero de Gerona y Vich; simplemente abre su manto y, mostrando la espada *tizona* que le había retenido, dice al Conde: “Tengo un caballo y una buena espada, señor... Lo demás, Dios lo proveerá”. Todavía el Conde neciamente replica: “Dentro de unos años nadie recordará tu triste nombre”. El castellano responde: “Probablemente, señor. Probablemente”.

La novela de Arturo Pérez-Reverte nos introduce en el mundo del medioevo y en los sentimientos, angustias y alegrías del soldado. Es un relato vigoroso y lleno de sobresaltos, donde vida y muerte se tocan en cada encuentro. Su autor nos empapa en esa tensa relación que por ocho siglos bulló en la España en formación, donde ese controvertido personaje llamado Cid o Sidi, según la lengua, admiró por sus batallas y es parte de la historia y la literatura.